

**Pedro Miralles Martínez, Sebastián Molina Puche y Jorge Ortuño Molina, *La importancia de la historiografía en la enseñanza de la Historia*. Granada: Grupo Editorial Universitario, 2011, 169 pags.**

En ocasiones, es necesario sentarse y meditar; meditar sobre lo que se hace y sobre cómo se hace. El libro *La importancia de la historiografía en la enseñanza de la Historia* responde a esa necesidad. En efecto, estamos ante una obra cuya principal finalidad es ofrecer un espacio de reflexión a los profesionales de la Historia, ya sean docentes, ya investigadores, sobre el estado de la disciplina, con la exposición de las últimas tendencias y los debates epistemológicos más acuciantes. Porque si algo que hay que destacar es que Pedro Miralles, Sebastián Molina y Jorge Ortuño han sabido transmitir estos conocimientos de una manera ordenada y sugerente puesto que han diseñado una obra bien estructurada, coherente y lógica, con tres partes bien diferenciadas y que se traduce en un discurso sistemático impecable mediante el cual han sido capaces de hacer inteligibles en pocas páginas cuestiones teóricas muy significativas y controvertidas. Una primera parte en la que repasan la construcción de la ciencia histórica. A continuación, aparece el segundo capítulo donde se plantea la relación entre historiografía y didáctica de la Historia. Por último, un apartado donde se hace una propuesta didáctica para enseñar historiografía en Bachillerato.

Un acierto, sin duda, ha sido que no se ha realizado una exposición basada en la sucesión cronológica de las escuelas y tendencias historiográficas; por el contrario, se han establecido una serie de cuestiones fundamentales –el tiempo histórico, el cambio social, la causalidad, la objetividad– y se han analizado las distintas respuestas que se han ido dando desde el siglo XIX hasta la actualidad. Con esta forma de proceder, se logra tener una visión completa de las distintas escuelas, sus virtudes y sus defectos.

Los autores no esconden sus posturas. Desde el principio, toman partido y lo argumentan con sencillez y precisión. Para empezar, en ningún momento dudan sobre el carácter científico de la Historia. Esta única afirmación daría lugar, como así ha sucedido, a una extensa monografía. Pero, aquí, los autores han sabido condensar la génesis de esta problemática en pocas páginas. Avanzan después indicando que la Historia es una ciencia social. Quizás sea en este punto donde se echa de menos un mayor esfuerzo explicativo porque, hoy en día, la tendencia actual –de los poderes políticos, inspirados por las directrices de la UNESCO– es incluir a la Historia en la categoría de “Artes y Humanidades”; no se da si quiera la oportunidad de calificarla como ciencia humana. Los autores, firmes partidarios de considerar la Historia como ciencia social, salvan esta situación aclarando que ellos entienden las ciencias sociales como aquellas que estudian al hombre en sociedad: una declaración “muy de *Annales*”, por otra parte.

Con todo, Miralles, Molina y Ortuño profundizan sobre el estatuto científico de la Historia, cuestión muy polémica y nunca cerrada. Explican que la consideración de la Historia como ciencia depende de su relación con su objeto a través del conocimiento. Si se ha negado su validez ha sido por la afirmación de la existencia de fuerzas trascendentes inaprehensibles racionalmente, por la singularidad del hecho histórico, por la subjetividad del sujeto o por la incapacidad de percibir la materia histórica de forma coherente y de verificar en ella los enunciados intelectuales. Frente a ello, el historiador tiene que

comenzar reconociendo las limitaciones epistemológicas, pero las salva mediante un método científico peculiar que acepta que sus leyes son tendenciales, que se verifican indirectamente, que es una ciencia en construcción, que no puede basarse en una causalidad simple, que es falible, selectiva, dependiente de sus apriorismos teóricos y que obedece a un trabajo colectivo. Todo este bagaje permite elaborar el discurso historiográfico que es riguroso y, por extensión, científico.

Para que lo anterior sea viable, es imprescindible realizar un esfuerzo de conceptualización y no eludir los asuntos problemáticos. Por esta razón, los autores dedican varias páginas a analizar cuestiones polémicas como el tiempo, la causalidad y la objetividad de la Historia. Sobre la primera de ellas pasan de puntillas, pero no así sobre las otras dos. En efecto, señalan que los hechos históricos con frecuencia se han presentado como causas o consecuencias de otros, pero las formulaciones teóricas han variado a lo largo del tiempo. En este punto, realizan un efectivo repaso que comienza con el historicismo, sólo preocupado en los hechos, al que se opone un idealismo, que niega la existencia de una realidad histórica objetiva, pero que abre la puerta a las concepciones cíclicas con la sucesión de civilizaciones, planteamientos deudores de los estadios positivistas. El materialismo histórico también habría de beber de la dialéctica hegeliana y se preocupará de hallar la causalidad histórica, concediendo el primer lugar a la explicación económica. Sin embargo, la crisis de la historia en la segunda mitad del siglo XX tuvo como corolario la postergación de la causalidad y hoy en día, como señalara, Hernández Sandoica, los historiadores hemos eludido responder al desafío de la causalidad que la actividad científica lleva implícito; no nos interesan el origen y las motivaciones de los sucesos o procedimientos humanos y sí los valores simbólicos, los significados y las representaciones que de ellos se derivan. En cualquier caso, como indican los autores, este hecho derivaría de la desaparición de las certezas y del fin de los paradigmas, lo que ha llevado a la fragmentación del conocimiento histórico.

Hay que indicar que esta segunda parte del libro está muy bien resuelta con una estructura original y coherente que se ve enriquecida con reflexiones acertadas. A continuación, Miralles, Molina y Ortuño pasan a vincular la historiografía con la didáctica de la Historia. Hay que elogiar la forma en que han acometido esta empresa. Dado que los docentes son los principales destinatarios de esta obra, se les ofrece un modelo para aplicar en su actividad educativa. Pero, más allá de valorar de forma positiva la propuesta que hacen los autores, la cual es sumamente interesante, viable y útil, lo hay que destacar es su afán por despertar entre los lectores las posibilidades didácticas que pueden tener el estado de la disciplina, esto es, la historiografía. Porque defienden que este conocimiento mejorará la enseñanza que reciben los alumnos para quienes la Historia podría dejar de ser algo aburrido. Y lo justifican a través de su propuesta didáctica, la cual piensan que permitirá que el alumnado participe de forma activa y se implique en el proceso de enseñanza-aprendizaje. De este modo, la Historia cobrará sentido pues se transmitirá que se trata de una actividad científica, viva y dinámica, con problemas y controversias, pero también con reflexiones y debates enriquecedores que contribuyen a comprender el pasado e, igualmente, el presente.

Por todas estas razones, hay que valorar de forma muy positiva el último epígrafe de la segunda parte de la obra, el cual está dedicado a la selección de unas corrientes historiográficas que permitirán a los estudiantes comprender mejor la actividad historiográfica. Piensan los autores que estas propuestas resultarán muy atractivas para el alumnado debido a su alto contenido social. Sin embargo, creemos que

los autores buscaban, más que nada, la implicación de los alumnos. En efecto, la historia local, la historia de la familia, la historia oral o la historia de las mujeres, que son algunas de las tendencias historiográficas elegidas, pueden ser sentidas como cercanas por los alumnos e intervenir en algo que pueden considerar como suyo, de tal forma que se impliquen totalmente en el proceso de enseñanza-aprendizaje y participen como actores activos. Se trata, como comentan los autores, de pensar globalmente e investigar y enseñar localmente. Por consiguiente, las posibilidades educativas de este hecho es algo que no se puede dejar escapar.

Se puede tomar como ejemplo de lo anterior la historia de la familia. Heredera del proceso de renovación que experimentó la historia social, su estudio permite que se pueda concebir a la familia como un laboratorio de pruebas para el análisis histórico. La familia es una importante herramienta metodológica para el conocimiento de la organización social. En cierto sentido se puede decir que la familia es un espejo de la sociedad. Desde ella, se puede integrar el parentesco en su dimensión social puesto que la familia se convierte en el nexo necesario entre el individuo y el grupo social.

Los autores sostienen que además la familia es una buena herramienta para profundizar en los conceptos propios del tiempo histórico como sucesión, continuidad, duración, etc., y que la unión del eje cronológico familiar y el eje cronológico de los hechos históricos es un buen procedimiento para reconocer las estructuras temporales: la corta, la media y la larga duración; la diacronía y la sincronía. Pero se puede ir más allá y a través de la familia se podrán explicar mejor otros conceptos básicos como parentesco, linaje, memoria, cambio, permanencia, prestigio, conflicto, control... Al mismo tiempo, a través del estudio y explicación de la familia en el pasado, se puede comprobar mejor la actual diversidad familiar y se puede hacer ver a los estudiantes que la variedad ha sido la nota dominante a lo largo del proceso histórico. Por último, la historia de la familia puede servir como paradigma de la interdisciplinariedad puesto que la familia es un objeto científico de interés para otras ciencias sociales y humanas: antropología, sociología, demografía, psicología, derecho, economía... Todo lo cual posibilita que se pueda poner el acento en la interrelación familia-sociedad, lo que permitirá entender la recíproca influencia entre la organización y comportamientos de la familia con el medio social en el cual se halla inserta, entendiendo el núcleo familiar como agente promotor y, a la vez, receptor de los cambios sociales.

El conocimiento de la historiografía, de su evolución y de las últimas tendencias, contribuye, sin duda, a que el alumnado sea capaz de tomar posición respecto a cuestiones actuales y facilita su preparación para participar en debates y controversias hoy presentes en la sociedad española, como pueden ser la cuestión de la memoria histórica o la maldita crisis. Lo que en última instancia se está propiciando es estimular el espíritu crítico de los alumnos.

En el tercer y último capítulo, los autores retoman lo dicho hasta ese momento y lo plasman en un modelo de unidad didáctica para la asignatura de Historia de Segundo de Bachillerato. Seguramente, es uno de los grandes hallazgos de la obra pues, no en vano, la propuesta didáctica que ofrecen es la que ha servido para dar título al trabajo. Los autores plantean enseñar historiografía: sencillez en la iniciativa, dificultad en la realización. Sin embargo, no rehúyen el envite porque lo consideran fundamental si se quiere que la historia deje de ser vista por el alumnado como una simple y vacía descripción de hechos. Los autores persiguen mostrar a los estudiantes lo que han

estado defendiendo en las páginas precedentes: que la historia es una ciencia social; que, como tal, se fundamenta en aportaciones teóricas y herramientas metodológicas; pero no hay un único camino, sino que es el historiador el que, al final, decide qué opción tomar. La consecuencia es que la historia contribuye a la creación de conocimiento, que estimula y fomenta el espíritu crítico y que sirve para entender mejor el pasado. Y si la historia es un proceso, la historiografía también. Y los historiadores beben, no sólo de lo que escribieron hace mucho tiempo otros sino, igualmente, de lo que escriben otros autores contemporáneos. Es de esta forma como se producen debates, controversias y adhesiones que enriquecen a la historiografía y le permiten avanzar. Todo lo cual es posible porque se manejan unos conceptos, un vocabulario y unas teorías especializadas: los propios de la disciplina científica. Enseñar todo esto a los alumnos de Bachillerato no debiera ser algo novedoso como, de hecho, lo es. A pesar de lo cual, comunicar a los estudiantes cómo y con qué trabaja el historiador es totalmente pertinente, aparte de ser un reto apasionante; los autores, para lograrlo, no han escatimado en esfuerzos.

De este modo, han diseñado una unidad didáctica sobre las principales escuelas y tendencias historiográficas. Con muy buen criterio, han optado por ubicarla en el segundo curso de Bachillerato, puesto que son los alumnos con mayor madurez y los que podrán sacar mayor provecho. Además, esta unidad permite relacionarla con otras materias: desde luego, con la filosofía, pero también con la economía o la informática. Presentan los objetivos didácticos y los contenidos de forma muy esquemática, como no podía ser de otra forma, puesto que se trata de proporcionar unos conocimientos básicos. Lo anterior no impide que sean muchas las cuestiones que se abordan. Se comienza por las tradicionales e inevitables preguntas de qué es la historia y para qué sirve. Luego se pasa a la fijación del vocabulario, para después tratar las grandes escuelas historiográficas. Se habla a continuación de las fuentes, de la utilización de las nuevas tecnologías y de la elaboración de los trabajos. Para el desarrollo de este planteamiento se destinan siete sesiones, incluida la evaluación. Se recurre a diferentes metodologías didácticas: desde la metodología expositiva hasta las estrategias de indagación o el método interrogativo, pasando por los trabajos individuales y en grupo. Se trata de un magnífico ejemplo del proceso de enseñanza-aprendizaje, en el cual los estudiantes pueden participar de forma activa gracias, básicamente, a la labor de motivación llevada a cabo por el profesor, así como a la utilización de recursos, técnicas y materiales docentes adecuados y enriquecedores.

En efecto, hay que aplaudir los anexos de la unidad didáctica que son sumamente ilustrativos y útiles para los docentes. Un acierto es su combinación de textos e imágenes. Nada mejor que comenzar con el comentario de la obra de Goya *La verdad rescatada por el tiempo ante la historia como testigo*; ya sólo el análisis del título da para mucho. A continuación, viene otra obra del pintor aragonés, muy adecuada, como es *Alegoría de la Constitución de 1812*.

Otro recurso fundamental es el comentario de textos de historia. Los autores ofrecen su método para realizarlo de forma correcta, de acuerdo con los parámetros establecidos que buscan la lectura comprensiva y la extracción de ideas, de manera que permita un aprendizaje significativo. Después incluyen cinco textos sobre interpretaciones historiográficas, escritos por Hegel, Marx y Engels, Comte, Modesto Lafuente y Dilthey. Es obvio que no se trata de ofrecer una propuesta cerrada sino de mostrar a los docentes qué tipo de textos se pueden trabajar para hacer comentarios. Sin

embargo, choca, hasta cierto punto, la elección de los autores. Quizás hubiera sido más conveniente añadir pasajes de los fundadores de *Annales*, o de historiadores más recientes: Hobsbawm, Thompson, Ginzburg, Duby, Le Goff... Aunque, por el contrario, es todo un acierto incluir el *Manifiesto de Historia a Debate* porque servirá para mostrar al alumnado la complejidad y los retos a los que debe enfrentarse la historiografía.

El resto de anexos que se incluyen son correctos, con un glosario básico y con la evolución de la historiografía en exceso esquemática, con saltos excesivamente grandes y algunas lagunas. Mejor hubiera sido elaborar el cuadro desde el siglo XVIII hasta la actualidad. Por el contrario, es un acierto el fomento de internet como recurso didáctico, algo que, a estas alturas, debía ser casi obligatorio. Los autores incluyen unas páginas web de referencia y no hubiera estado de más algunas palabras sobre el uso de la red, tanto sobre las grandes posibilidades que encierra como sobre los peligros que puede acarrear.

En definitiva, estamos ante una obra aparentemente pequeña pero que resulta sumamente importante y útil. Hay que agradecer a los autores su voluntad de síntesis y, sobre todo, los materiales y recursos didácticos que ofrecen. Tras su lectura, más de uno reflexionará sobre qué está haciendo en su vida profesional y cómo lo está haciendo. Y después se lanzará a acometer sus propias empresas y propuestas. Éste será entonces el verdadero éxito de este libro.

Antonio Irigoyen López  
Universidad de Murcia (España)  
adiri@um.es

Fecha de recepción: 17 de mayo de 2012

Fecha de aceptación: 25 de mayo de 2012

Publicado: 15 de junio de 2012

Para citar: Antonio Irigoyen López, “Pedro Miralles Martínez, Sebastián Molina Puche y Jorge Ortuño Molina, *La importancia de la historiografía en la enseñanza de la Historia* (Granada: Grupo Editorial Universitario, 2011), 169 pags.”, *Historiografías*, 3 (enero-junio, 2015): pp. 99-103, <http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/3/irigoyen.pdf>